

desde la
literatura ●

La vuelta al mundo*

Perla Suez

Mi padre y yo avanzábamos con los caballos, despacio, por donde el barro estaba más firme, sin apartar los ojos de la huella. El camino a Colón corría paralelo al río. Al cruzar el puente vi la lancha de Bruno Edels amarrada al muelle, y pensé en ese viejo, y le deseé lo peor.

Mi padre me dijo que acompañaría al inglés a buscar el yate que había comprado en Buenos Aires. Dijo también, *cuánto tiempo más voy a seguir trabajando para los Edels, y qué me va a quedar de todo esto*. Recordó que el inglés le había propuesto que se fuera a trabajar con él, que a su lado podía ganar dinero: era su oportunidad. Desde el día en que mi madre se fue con otro, yo creí que nunca nos moveríamos de La Lucera, pero no fue así. Mi padre dijo, *Ahora, mi niña, quiero una vida mejor para usted*.

Le sonreí y me pregunté cómo haría mi padre para darme una vida mejor. Era evidente que sabía de lo que hablaba cuando me dijo eso.

Anduvimos un rato, en silencio, a lo largo del muro del cementerio.

Mi padre me preguntó,

¿En qué piensa mi niña?

No pienso...

Dijo,

¡Ah!, mi niña guarda un secreto.

Sonreí.

¿Qué le gustaría ser cuando sea grande?

Maestra, padre, dije.

Dejamos el puente y a lo lejos, vimos las luces de la ciudad, que relampagueaban junto al río.

* Tomado de Perla Suez, *Complot*, Norma, Buenos Aires, 2004.

Al llegar a Colón, nos encaminamos al parque. La entrada estaba iluminada con pequeños focos rojos y amarillos que se encendían y se apagaban.

¿Cuántas luces, eh, Mora?, dijo mi padre. Y se quedó parpadeando bajo los brillos afilados de las lámparas, el sombrero en la mano.

Yo miraba con sorpresa hacia todos lados, y vi a unas muchachas que cruzaban el aire en las sillas voladoras, y me quedé escuchando los gritos y las risas que se mezclaban con la voz ronca de un hombre que cantaba, *Titina, oh, Titina...* Después, caminamos hasta un quiosco donde una mujer nos dio unas argollas de colores a cambio de un boleto. Yo traté de embocarlas en el gollete de las botellas. Le erré. Seguimos caminando sin hablar, entre la gente que deambulaba por allí.

¡Diez centavos para la vuelta al mundo!, gritó un muchacho, que estaba parado en una tarima.

Mi padre me compró un billete y yo subí.

No podía creer que la rueda se moviera de ese modo.

Todos nos echamos hacia atrás, de cara al viento, hasta que la rueda se detuvo.

De nuevo en tierra, esperé. Mi padre me había dicho que, cuando bajara, no me moviera de allí, que volvería a buscarme.

Miré al hombre que accionaba la rueda con una palanca y hablaba con un muchacho que tenía la cara grasienta. Al verme guiñó el ojo al otro. *¿Querés subir, nena?*, dijo. *Por una mamada te llevo.*

Los dos se rieron.

Corrí, temblorosa, y busqué a mi padre. Al verlo, el alma me volvió al cuerpo.

Dijo,

¿Qué te pasa que estás colorada?

Nada, contesté.

¿Qué le gustaría hacer ahora a mi niña?

Volver a casa. Y lo tomé de la mano.

Antes, una limonada, dijo él.

Vaciamos los vasos de limonada, y buscamos los caballos, y nos fuimos por el camino que se alargaba y se alargaba●